

Capítulo I de *Invasores. Historias reales de extraterrestres en la Argentina*.
(Sudamericana, 2009). Por Alejandro Agostinelli
Reproducción permitida previa autorización del autor.

PRIMERO FUE EL VARKULETS

Lo esencial es invisible a los ojos

El Principito,
Antonie de Saint-Exupéry (1943)

En Buenos Aires existen tres copias del *Martín Fierro* traducido a un idioma extraterrestre. Supe de la existencia de esta versión del libro de José Hernández (1834-1886) a fines de los setenta. Se dijo que la traducción fue obra del *desvarío* de un contactado. Ese adjetivo requiere de una digresión que quizá comprometa la totalidad de esta introducción. Cuando oí aquella anécdota yo tendría unos quince años, y ya me consideraba un ufólogo serio. De los ufólogos serios se espera que rechacen las historias de las personas que afirman estar en contacto con seres de otros mundos. Por entonces, yo también sabía que la ufología, la disciplina dedicada al estudio de los ovnis, no era una ciencia. Pero sus aficionados hacíamos lo posible por parecer científicos.

Buscábamos asesores en diferentes ramas del conocimiento, aprendíamos a hacer encuestas con el manual *Técnicas de investigación social*, de Ezequiel Ander-Egg, y compartíamos un sueño: descubrir algo capaz de poner patas para arriba a la *ortodoxia* científica. Para eso debíamos capturar evidencias de la existencia de los ovnis. Pero éramos, en realidad, una cruza extravagante de filatelistas, cazadores de pterodáctilos y micólogos: coleccionábamos recortes de diarios, salíamos a buscar platos voladores cuando ya se habían retirado y desenterrábamos hongos en las zonas de aterrizaje (1). Nuestros genes eran los del súper agente 86, pero también éramos predicadores pura sangre. Detectives de causas perdidas, nuestra misión era anunciar al mundo que los ovnis eran el enigma científico número uno del siglo XX. Encarnaciones tardías de los apóstoles de Galileo, cargábamos sobre nuestras espaldas una verdad que tarde o temprano iba a triunfar. Por eso, para diferenciarnos de quienes considerábamos charlatanes y reafirmar nuestra respetable condición de ufólogos serios, nos gustaba despotricar contra los contactados.

Yo estuve entre los que creímos que esa hostilidad nos acercaba a la ciencia; hoy pienso que sólo nos alejaba de historias extraordinarias.

Mi punto de partida fue reunir trece historias fantásticas, pero reales; trece historias reales, pero fantásticas. Y, sin embargo, este trabajo no se parece mucho al periodismo fantástico que tantas veces he cuestionado. El escaso apego al rigor suele aferrarse a una consigna que repitieron en las redacciones muchos falsos maestros: “No permitas que la

verdad te arruine una buena historia”. En este libro también quiero mostrar que “verdad” se escribe con minúscula y que tratar de acercarse a ella no impide contar buenas historias. El periodismo permite aventurarse en geografías y personajes increíbles sin necesidad de novelar la falta de información. El único asombro lícito emerge de un mix de datos duros –todo lo que podamos documentar– y blandos, los recuerdos, opiniones y creencias que resultan de la interacción con los entrevistados. Con la información segura, o lo más segura posible, la medida de lo maravilloso nos la da la perplejidad que suscita la realidad. Incluso cuando se confunde con la ficción.

Para demarcar el territorio, asumí la definición de los protagonistas: casi todos les asignan en sus experiencias una alta o muy alta probabilidad a la explicación alienígena. Quedaron muchas historias en el tintero. Algunas fueron inmoladas por razones de espacio: en cierto momento tuve que quedarme con las mejores.

El resultado son once historias increíbles –y reales– de personas que vivieron experiencias con alienígenas. Algunas son como *matrioskas*, las muñecas rusas que se contienen unas a las otras. Esas historias subalternas, inseparables de la matriz, no se podían contar fuera de cierto contexto.

Dedicado a levantar acta sobre la presencia transversal de los extraterrestres en la Tierra, y en especial en la Argentina, este libro tiene poco que ver con la ufología, el escepticismo y el periodismo clásico del misterio. Tiene más que ver, en cambio, con el impulso de descubrir nuevos motivos para creer, dudar, conocer y seguir descubriendo. Reservé para empezar el caso del traductor al extraterrestre del *Martín Fierro* porque me puede ayudar a explicar cómo nació *Invasores*. A la vez, da una idea de las historias que siguen. Ellas integran un *continuum* espacio-temporal, pero también pueden leerse en forma independiente.

El coleccionista

Desde que tomé nota de la transcripción a un idioma extraterrestre de la obra del gaucho perseguido pasaron treinta años. Pero nunca es tarde para saber algo más. En esa traducción palpaba una biografía prometedora. ¿Quién fue el hombre detrás de la pluma? ¿Alguien se habría quedado con alguna de esas copias?

A mediados del 2006 descubrí por casualidad una recatada referencia en el libro *Martín Fierro en el mundo de los idiomas (2)*, escrita por el comodoro (RE) Santos Domínguez Koch (1926-2008). Después de algunas morosas gestiones, logré conversar con el autor del completo catálogo de traducciones del poema fundacional de la literatura gauchesca. La charla fue breve y coloquial. Quedamos en compartir un café en su casa, donde además me iba a permitir echar un vistazo a otros tesoros de su biblioteca. Por teléfono, Domínguez Koch me adelantó que en 1978 recibió en su oficina a un señor mayor acompañado por un sacerdote. El traductor sacó de un maletín el ejemplar y un bolígrafo, con el que escribió una dedicatoria en varkulets, como llamó a la lengua desconocida.

En su bibliografía, Domínguez apuntó que el varkulets era una lengua indoamericana: “Según el traductor, era un dialecto que hablaron los zapotecas y luego los mixtecos en la zona de Oaxaca, México”. Mi información, le dije, era distinta. El varkulets, lejos de

corresponder a culturas anteriores al universo azteca, era un idioma que había sido utilizado por una sola persona: Eustaquio Zagorski (1904-1981), un trotamundos polaco establecido en la Argentina en 1929. Zagorski nunca había ocultado haber aprendido la lengua de los extraterrestres. Yo esperé que Domínguez Koch rechazara mi comentario con indignación, sorpresa o con una carcajada, pero en la línea se produjo un silencio.

–Lo conversamos personalmente ¿le parece?

Me pareció bien.

Por esa engañosa ilusión de creernos eternos, mi cita con el coleccionista se fue postergando hasta que una zancadilla del destino sepultó nuestro encuentro para siempre. El comodoro falleció el 2 de abril de 2008.

Zagorski visitó a Santos Domínguez Koch cuando éste todavía era oficial en actividad de la Fuerza Aérea Argentina. En los sesenta, Santos fue coordinador de la División O.V.N.I. del Servicio de Inteligencia de Aeronáutica. El Comodoro llegó a investigar denuncias sobre objetos voladores no identificados para el arma y es muy probable que en ese contexto conociera a Zagorski, quien ya había vivido fugaces destellos de popularidad en *Sábados Circulares de Mancera*, el show televisivo del momento. Desde luego, le pedí a la viuda del militar, María Cristina Guzmán, que tuviera la cortesía de buscar el volumen. No halló el menor indicio, pese a que el propio Santos me indicó que profesaba especial afecto por el manuscrito de Zagorski, una de las cuarenta traducciones a diversas lenguas en su posesión “y aún más extraña que el esperanto”.

Tampoco encontré vestigios de la legendaria traducción en el Museo Histórico José Hernández-Chacra Pueyrredón, en Villa Ballester, provincia de Buenos Aires, otra de las bibliotecas que –según el militar– guardaba una copia. Allí, Lucrecia Herrera, subdirectora del Museo, me dijo que la traducción del poema a una lengua alienígena le resultaba una noticia vagamente familiar. “No sé si es algo que leí, algo que me dijeron o si lo recuerdo porque busqué la palabra varkulets en algún diccionario, pero revisé fichas y estantes y ese libro en la biblioteca no está”, sentenció.

La noche que recibí la respuesta de la licenciada Herrera recordé a *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*, el cuento de Jorge Luis Borges (1899-1986). En aquella crónica apócrifa, Borges informaba el descubrimiento de *A First Encyclopaedia of Tlön* (vol. XI. Hlaer to Jangr). Cuando comenzó a hojear el volumen, con su alucinante historia de un planeta desconocido, el escritor argentino afirmó sentir “un vértigo asombrado y ligero que no describiré, porque ésta no es la historia de mis emociones sino de Uqbar y Tlön y Orbis Tertius” (3).

Yo no podré describir lo que sentí. No tuve la traducción al varkulets del *Martín Fierro* entre mis manos. Al parecer, nadie podrá hacer nada por su recuperación hasta que se complete la última voluntad del coleccionista, que fue traspasar su biblioteca a la Academia Argentina de Letras (4).

El traductor

Eustaquio Zagorski vivió sus últimos años en el barrio porteño de Avellaneda. Soltero a sus sesenta y ocho años, en 1973 se definía como católico, buen lector de la Biblia y memorioso. Tanto que alcanzaba a recuerdos de sus vidas anteriores. En junio de ese

año, cuando todavía atendía una sastrería familiar, Eustaquio le confió a un cronista del diario *La Razón* que era visitado por dos extraterrestres desde 1967. No eran distintos de los humanos salvo por su mentón, más prominente que el normal. Estos seres, que se presentaban en su habitación el 11 de marzo de cada año, le conversaban sobre filosofía, astronomía y política. El 11 de marzo de 1973, ciertamente, había triunfado el FREJULI con la fórmula Cámpora-Solano Lima, con el cuarenta y nueve por ciento de los votos. Y hablaron del resultado de las elecciones.

Con el tiempo, Zagorski relacionó a sus visitantes con seres que aseguraban proceder de Ummo, un planeta en órbita alrededor de la estrella Wolf 424 que solía remitir informes científicos por correo ordinario donde reiteraban el ruego más inquietante que alguien puede esperar de extraterrestres de verdad: “Por favor, no nos crean”.

Zagorski explicó que su primer viaje al espacio lo hizo el 18 de febrero de 1953, es decir, ocho años antes de que la Vostok I pusiera en órbita al cosmonauta soviético Yuri Gagarin (1934-1968).

Tras permanecer setenta y un días fuera de la Tierra, las criaturas le dijeron a Eustaquio que él mismo había nacido a bordo de un platillo volador bajo el nombre de Ziretz Zem, que un indígena del Monte Tronador (Río Negro) se había encargado de su crianza, que recibió los favores de un zar y sobrevivió a un naufragio cerca de Thule, una isla donde dos criaturas gigantes lo tuvieron dentro de una cabaña para enseñarle los secretos del universo.

Pero el dato más inesperado de su biografía era el origen de su madre. Le revelaron que ella había sido natural de Ganímedes, el mayor satélite de Júpiter. Pese a que los recuerdos de sus otras vidas eran vagos, él nunca olvidó su lengua materna, el varkulets. Fue en *ganimediano*, al decir de Eustaquio, que volcó el poema gauchesco.

Aparentemente, Zagorski, que a fines de los sesenta ya era un abuelo con dificultades para caminar, deambulaba con sus certezas sin compañeros de ruta ni seguidores. Lo acompañaron, más bien, la burla y el escarnio. Su soledad llevó a que algunos se preguntaran por su equilibrio mental. La demencia, se sabe, es un mal solitario, pero lo que él le costaba era hallar seres afines a quienes confiarles sus experiencias. A veces basta con ser escuchado para que las pretensiones más extrañas encuentren un horizonte de calma. Zagorski encontró eso que ahora se llama contención en don Pedro Romaniuk, protagonista de otro capítulo y fallecido semanas antes de enviar este libro a imprenta.

Pese a que lo consideraba un conejillo de Indias, el autor de *Texto de Ciencia Extraterrestre* le prestó atención. Luego de varias sesiones de hipnosis, el contactado no lograba retroceder ni un rato en el tiempo. “Es controlado por seres que no permiten que se indague en su mente”, justificaba don Pedro. En 1978, el ufólogo le escribió a su colega español Ignacio Darnaude Rojas-Marcos. “Desde febrero, Zagorski recibe la visita de un ummita que dijo ser enviado de Rojas Darnaude de Sevilla”. La criatura era alta, delgada y “atravesaba la puerta sin problema alguno, masajeando el bajo vientre de Zagorski para curarlo de su parálisis” (5).

El refutador

Zagorski también intercambió alguna correspondencia con el doctor Oscar Galíndez, el joven abogado cordobés que presidía el Círculo Argentino de Investigaciones

Ufológicas (C.A.D.I.U.). En los setenta, Zagorski le envió un manuscrito de doscientas once páginas. En los primorosos caracteres del varkulets, impresos en carbónico azul y semejantes a trazos arábigos, el contactado exhumó su vida en el satélite de Júpiter. En 1974, Galíndez publicó un estudio lingüístico donde develó que tanto la fonética como la sintaxis del varkulets eran una mera trasposición del castellano. El lenguaje de Ganímedes no tenía identidad propia: era una creación consciente inspirada en el español. “No hay ninguna fundamentación científica –escribió Galíndez– para sostener su procedencia extraterrestre” (6).

Aquel artículo, que recordó el papel de la ciencia ante las afirmaciones sensoriales, también diseminó la idea de que la lengua extraterrestre de Zagorski fue una superchería que no tuvo otro escenario que la mente del contactado.

Este libro espera proporcionar un modelo de análisis según el cual la comprensión de estas historias no termina con descubrimientos fascinantes como el de Galíndez, según el cual la gramática de Ganímedes es idéntica al castellano. Para mí, la fantástica obstinación de Zagorski por revelar al mundo su experiencia, y deslumbrar con una obra a la que dedicó considerable tiempo y energía, tiene el mismo valor histórico que la del científico que se ocupó de refutarla.

Oscar Galíndez también acertó en comparar el varkulets con el idioma marciano canalizado por la médium suiza Héléne Smith (seudónimo de Cathérine Elyse Müller, 1861-1929). Durante cinco años, Théodore Flournoy (1854-1920), un médico fascinado con el ocultismo, presenció las sesiones donde Smith hablaba de sus vidas anteriores como princesa india del siglo XV y como María Antonieta, de quien también decía ser reencarnación. Sus últimos recuerdos la situaban en el planeta Marte: entre 1884 y 1885, Smith abandonaba su cuerpo y visitaba Marte, donde sus habitantes le enseñaron la lengua nativa. En su obra *Desde la India al planeta Marte* (1900), Flournoy descubrió que su paciente había construido su relato influida por lecturas de su infancia. La sintaxis marciana, por lo demás, era idéntica a su francés materno. Smith ubicó a sus espíritus guía en Marte en tiempos en que el astrónomo y espiritista Camille Flammarion (1842-1925) publicaba *La pluralidad de los mundos habitados* (1862) y el astrónomo italiano Giovanni Schiaparelli (1835-1910) y el norteamericano Percival Lowell (1855-1916) habían instalado la polémica sobre los canales en Marte.

En la prehistoria de los extraterrestres, el espiritismo comenzaba a hacer sus aportes. Después de todo, antes de alcanzar la perfección, las almas reencarnaban de planeta en planeta. Del espiritismo también llegó Helena Blavatsky (1831-1891), cofundadora de la Sociedad Teosófica. Desde 1875, la esoterista rusa y sus herederos vieron y escucharon a Maestros Ascendidos en los planetas Venus y Marte. El cielo ya estaba habitado por seres fabulosos y sucedían cosas extrañas en el campo de las creencias mucho antes de 1947, cuando comenzó la era dorada de los platos voladores (7).

El sacerdote

El contactado polaco no estaba tan solo como parecía. La traducción del *Martín Fierro* tampoco fue un capricho suyo. En el verano de 1967, cuando completó su traducción, Eustaquio se tomó un colectivo hasta la localidad de San Miguel, provincia de Buenos Aires, y se acercó al Observatorio Astronómico Adhara. Allí, donde también funcionaba la sede de una misión jesuítica, fue recibido por un sacerdote alto, un poco encorvado y mirada despierta (8). Era Benito Segundo Reyna (1900-1982), el más famoso religioso de la época aficionado al estudio de los ovnis. La traducción le había sido encargada por

el padre Reyna. Tal vez, cuando le pidió el trabajo, pensó que se iba echar atrás. Pero Zagorski cumplió. Hoy me imagino al sacerdote preguntándose: “¿Me querrá engañar? ¿Se engañará a sí mismo? ¿Y si resulta verdad?”. Digo “imagino” porque el padre Reyna no asentó sus memorias por escrito y era circunspecto con los periodistas. Temía que su afición provocara conflictos con el clero.

Pero en las contadas ocasiones que recibió a la prensa presumió exhibiendo su ejemplar autografiado del *Martín Fierro* en varkulets y se refirió respetuosamente a las travesías del contactado. Llegó a acompañarlo, incluso, hasta las oficinas de un oficial de la Fuerza Aérea que estudiaba informes sobre ovnis. Cuando Santos Domínguez Koch vio los poemas dibujados en esa exquisita caligrafía extraterrestre, decidió comenzar a coleccionar las traducciones de la obra de José Hernández.

De la increíble amistad entre un sacerdote católico que amaba los enigmas científicos y el contactado que recuerda su vida en Ganímedes sobreviven borradores. En su época, nadie descubrió el potencial narrativo confabulado en el encuentro de esos dos personajes furiosamente heterodoxos, locamente desviados, fatalmente olvidados. Lógicamente, eran *desvarios*. En los años setenta, nadie podía vaticinar que el impacto de los ovnis en la cultura iba a ser tan poderoso. Que su mitología iba a madurar al punto en que la pregunta sobre su existencia iba a resultar trivial. Faltaba perspectiva.

Desde entonces hasta hoy, el imaginario ovni ha copado el cine, la literatura, la televisión, los videojuegos, la publicidad, Internet, la religión y hasta la política. Como toda expresión de lo maravilloso, son una realidad en la vida de millones de personas.

Cuando un ufólogo muere, se pierden decenas de historias como la que construyeron Zagorski, Domínguez Koch, Oscar Galíndez y el padre Reyna. Este libro comenzó cuando me di cuenta de que todavía estaba a tiempo de atrapar historias tan apasionantes como aquella.

Hoy muchas personas afirman tener experiencias estremecedoras con los ovnis. Pero surgen en medio de una lluvia de información que no existía hace cuarenta años. Eso explica la antigüedad de algunas de las historias que he elegido.

Platos sobre el agua

Este libro no se pretende autobiográfico, pero lo escribí en primera persona porque no me quedó más remedio: comencé a reunir la información necesaria para reconstruir cada historia hace diez, veinte y a veces treinta años. Porque esta no es una colección de artículos periodísticos sino parte de una investigación que abarca toda una vida, la mía.

Mi interés por los ovnis es casi tan viejo como yo y mi fascinación pasó por varias encarnaciones. La última coincide con este trabajo, en el que me propuse dar a conocer la visión actual de los protagonistas de casos que me parecieron difíciles de resolver y retomar caminos que había abandonado, a veces por prejuicios.

Si alguien piensa que *Invasores* es un ajuste de cuentas con el pasado, quizás tenga razón. Porque de la ufología pasé al escepticismo militante. Ahora, un poco aburrido de buscar la quinta pata al alien, decidí reencontrarme con las historias que me habían asombrado en mi adolescencia.

Hace algunos años, cuando me pedían opinión sobre el tema, solía desplegar un rosario de explicaciones prosaicas. Es decir, de buscar las causas de las observaciones de ovnis pasé a encontrarlas. Pero el escepticismo –si bien es una herramienta básica para ejercer un periodismo responsable– dejó de ser una misión para mí. Aunque en ese ámbito también aprendí muchas cosas sorprendentes. Por ejemplo, que el primer testigo de platos voladores... nunca vio platos voladores.

Según la historia oficial, el 24 de junio de 1947, mientras sobrevolaba el monte Rainier, Estado de Washington, el comerciante Kenneth Arnold aseguró haber visto su famosa flota de platillos. Sin embargo, el piloto describió nueve discos con forma de media luna que se desplazaban a gran velocidad. El malentendido surgió cuando quiso describir el movimiento: “Volaban como si lanzaras platos sobre el agua”, dijo Arnold. Bill Bequette, el redactor de la noticia, confundió la metáfora con la forma de los objetos y los bautizó “platillos voladores”. Este ejemplo no sólo demuestra que mucha gente declaró ver platillos que nadie había visto. También prueba que las meteduras de pata de los periodistas tienen mucho que ver con los orígenes de la polémica (9).

El factor evanescente

El escepticismo científico no responde todas las preguntas. En un tiempo, enfrentado a la falta de evidencias físicas, yo pregonaba que la ausencia de pruebas era razón suficiente para apostar por su irrealidad: lo que para algunos eran naves extraterrestres podía ser explicado como meteoritos, planetas, globos, aviones o reflejos en las nubes. Es decir, mi preocupación seguía enfocada en los objetos. Reemplazar naves del espacio exterior por satélites artificiales era cambiar unos artefactos por otros. Aunque el segundo tipo de explicaciones tiende a encajar con la mayoría de los avistamientos, seguimos sin identificar las causas inmateriales, los factores subjetivos que nos permitan comprender su naturaleza esencial.

Hoy sé que el exceso de celo racionalista puede dejar afuera la dimensión humana de estas historias, y que la calidad deficiente de la información afecta tanto a partidarios como a detractores. De un lado y del otro, casi siempre triunfa el deseo de impactar al público antes que el de construir narraciones honestas sobre las cosas tal como pudieron haber sucedido.

Cuando era ufólogo y me preguntaban si creía o no creía en estas historias, he contestado: “los ovnis no son una cuestión de fe”. Hoy también sé que eso es falso: dioses y ovnis son parte del mismo fenómeno. Dios, como los platos voladores, se sustrae al escrutinio científico. Ambas entidades, por su carácter escurridizo, se desplazan más rápido que los sentidos, como los deseos difíciles de alcanzar. Son una hipótesis en suspenso, salvo en experiencias personales –por definición intransferibles– como las visiones místicas o las observaciones directas. Así como doctrinas y rituales y creencias son sancionadas por los teólogos, el enigma de los ovnis tiene sus especialistas. Algunos ufólogos aseguran que las evidencias sobre la realidad de los ovnis es controvertida porque poseen una tecnología que les permite disfrutar de cierta clase de invisibilidad selectiva. Otros hablan de *ovnis fortuitos*, invisibles a los ojos humanos pero extraordinariamente fotogénicos: pareciera que basta con disparar al voleo hacia cualquier sector del cielo para fotografiarlos. “Están, pero sólo la cámara puede detectarlos”, explican. Ese argumento, que recuerda a los de la teología para

justificar la intangibilidad de las manifestaciones divinas, ahora me parece simplemente perfecto.

A veces las evidencias son tan frágiles que pueden ser ilusorias. Menos para sus protagonistas, que hablan de incursiones por paisajes oníricos a ojos profanos. Ahora bien, ¿cuáles son esas fuerzas que nadie más puede ver? ¿Qué las desencadena?

Hay influencias culturales que, como la tecnología moderna, son indiscernibles de la magia. A medida que pasa el tiempo algunas de estas historias mejoran y se impregnan del don de la infalsabilidad, tornándose incomprobables. Esta transparencia tiene su encanto: le da a estos incidentes una dimensión de ensueño. Las pruebas –a favor o en contra– tienden a desaparecer. Si el efecto es acumulativo, la retórica de la invasión extraterrestre se edifica con bloques casi inmateriales.

El factor evanescente infiltra los ladrillos de la ufología. Son ladrillos con una porosidad mágica: los poros son más grandes que la materia. Esa evanescencia perfecciona la realidad, tanto que asciende acontecimientos sospechosos a un nivel superior: se vuelven leyenda. Este aspecto del fenómeno puede molestar a los arqueólogos, acostumbrados a oler, ver o tocar el objeto de estudio. En esta zona crepuscular de la realidad la cartografía es otra. Si el plan es tratar de reconstruir los hechos tal como pudieron suceder, la fantasía nunca es el enemigo sino una compañera inseparable. La realidad, a medida que nos acercamos a ella, devuelve representaciones menos fantásticas de sí misma. Reducir posibles distorsiones en beneficio de la historia puede ser engañoso. Tal vez no debemos esperar relatos perfectos como las fotografías que muestran lo que el ojo no ve. El ovni –además– es una presa evasiva. Quizá nunca veremos objetos ni aparatos contundentes. Ni siquiera si el destino nos da la oportunidad de poner una chapa extraterrestre bajo el microscopio. Pero la búsqueda es siempre instructiva. “Esencial”, como le dijo el zorro a El Principito.

Ciencia fricción

Me interesé por la historia de Zagorski cuando pasé el rastrillo por la subcultura ovni local para responder por qué Ganimedes. Es decir, me pregunté por qué, si los contactados de otros países afirmaban que los visitantes venían de Marte o Venus, los argentinos confinaban la patria extraterrestre en el mayor satélite natural joviano.

Tanto la ufología como el movimiento de los contactados comenzaron en 1947, dos años después de que la bomba atómica jalonara la historia de la humanidad. Mientras unos miraban al cielo con preocupación, otros lo hacían con esperanza. Al principio, pocos creyeron en visitantes del espacio. Se creía, más bien, en armas secretas. Las velocidades supersónicas estaban de moda y los platillos constituían un desafío para la utopía aeronáutica norteamericana. Aquellos portentos ponían en jaque a los sueños del conquistador. Así, el mismo cielo que despertaba ilusiones, a otros les inculcó temores y hasta paranoia.

Desde el siglo XIX, el cielo y la imaginación popular fueron fertilizados por las novelas de Herbert G. Wells (1866-1946) y Julio Verne (1828-1905). También por estos años comienzan a fecundarse, no sin chisporroteos, el espiritismo y la ciencia ficción. En la Argentina, Eduardo L. Holmberg (1852-1937) en *Viaje maravilloso del señor Nic-Nac* (1875), combinó las doctrinas espiritistas de Allan Kardec (seudónimo de Hippolyte

Léon Denizard Rivail, 1804-1869) con un viaje a Marte: los espíritus desencarnaban y sacaban al espacio exterior preocupaciones de carácter universal. La cuestión de los platos voladores anunciaba un nuevo diálogo entre ciencia y religión.

Ganímedes parecía situado en una extraña región de interferencia cultural. El más temprano registro de nuestra fijación por la luna de Júpiter parece remontarse a 1938. “Los mares serán invadidos por los seres de otros mundos que llegarán en sus barquillas anfibias. Llevarán de la Tierra, para Ganímedes y su gemelo Europa, algas, allá se precisa como alimentación. Carecen de grandes mares. Llegarán”, escribió en trance el médium Benjamín Solari Parravicini (1898-1974). En 1968, Solari reveló al diario *La Razón* que en julio de 1961, mientras caminaba cerca del obelisco de la ciudad de Buenos Aires, fue transportado a bordo de un plato volador “comandado por telépatas del planeta Venus”, quienes le mostraron la Tierra desde el espacio exterior (10).

Desde 1952 vagaba por Ganímedes el espíritu del ingeniero que se comunicaba con los hermanos Jorge y Napy Duclout. Los contactados argentinos estaban en sintonía con el epicentro del movimiento: ese mismo año, otro contactado polaco, George Adamski (1891-1965), aseguró haberse encontrado con un venusino en Desert Center, California. “Las radiaciones atómicas causarán daños en el espacio exterior y provocarán una catástrofe fatal en la Tierra”, le dijo Orthon, un ser que no parecía hombre ni mujer.

Adamski situó a su encuentro en noviembre de 1952, es decir, cuatro meses después de que los hermanos Duclout conversaran con el espíritu que les reveló la existencia de vida inteligente en Ganímedes y la grave hora de la humanidad. Un año antes, el peligroso rumbo de la escalada armamentista fue alertada por Klaatu, el extraterrestre que protagonizó la primera versión del film *El día que la Tierra se detuvo* (Robert Wise, 1951).

En marzo de 1959, el contactado Agapito Millán (1891-1966) alborotó las apacibles vidas de los porteños afiliados a la Comisión Observadora de O.V.N.I.s (C.O.D.O.V.N.I.) cuando éstos le ofrecieron un campo para celebrar una entrevista con los ocupantes de una astronave que iba a llegar de Júpiter. Y en septiembre de 1968, una banda de ufonautas iba a grabar en la puerta y el pescante de un antiguo Chevrolet símbolos que denotarían el mismo origen. En 1973, otro contactado denunciaría por televisión que “los buenos son de Júpiter y los guerreros de Marte”. Un año después, las librerías de varios países hispanoparlantes fueron invadidas con la primera edición de *Yo visité a Ganímedes*, una autobiografía novelada firmada por un tal Yosip Ibrahim. También faltaba poco para que el “doctor Oxalc” informase a los embajadores terrestres de la Misión Rama que la administración de la Galaxia estaba en el satélite de Júpiter. Desde la llegada del venusino hermafrodita que Adamski conoció en un desierto desolado hasta Verónica Paz Wells, la primera contactada transexual del mundo, pasaron cincuenta años.

A fines de los años setenta, estábamos tan seguros de que los extraterrestres visitaban a la Tierra que buscábamos noticias que confirmaran nuestras creencias. El relato de los contactados nos disgustaba porque sus locas ideas sobre los ovnis empantanaban el camino de “la verdadera ufología”. Tal vez no hubiésemos tratado con tanto desprecio a sus relatos si hubiéramos imaginado que eran las semillas de un movimiento cultural que, medio siglo después, se iba a adueñar de la escena. Dos ejemplos conocidos son el suicidio en masa de los integrantes de Puerta del Cielo, en 1996 y cultos como el de Räel, líder de la religión atea que, a fines de 2002, hizo el falso anuncio según el cual

sus científicos habían logrado la primera clonación humana. En 1992, la Argentina y el Brasil llevaron a su propio culto ovni a las portadas de los diarios: el Lineamiento Universal Superior, liderado por Valentina de Andrade. En este libro, el Comandante Clomro y el antropólogo Alejandro Frigerio me ayudan a recordar los vericuetos de aquella historia.

Humanos No Identificados

Pienso, con J.G. Ballard, que la Tierra es el único planeta realmente extraño. Me siento más cómodo explorando el espacio interior que el exterior: prefiero sentarme a tomar un café junto a un hombre y su misterio que ponerme una escafandra. Muchos de los casos que reuní para este libro requirieron de un esfuerzo casi arqueológico. Presiento que siguen vigentes, cuando historias sobre visitantes de otros mundos como las imaginadas por Ray Bradbury, Steven Spielberg o Chris Carter, están integradas en la cultura popular. Una diferencia crucial entre las ficciones basadas en odiseas extraterrestres y las historias de este libro es que aquellas no tienen límites, nadie quiere persuadirnos de su veracidad. Su anclaje en el mundo real termina cuando cerramos el libro, salimos del cine o apagamos la tele.

Nuestras historias, en cambio, aparecieron en los mismos diarios que informaban sobre el bombardeo atómico en Hiroshima y Nagasaki, la primera caminata lunar y el día que la Junta Militar argentina tomó el poder. Empezaron, casi siempre, como una noticia de color, esas crónicas que no merecen ninguna verificación porque “no le hacen mal a nadie” o, al revés, porque, ciertas o no, amenizan la realidad.

Miradas de cerca, descubrimos más que eso: hay personas buscando un orden, un significado en vidas asaltadas por acontecimientos extraordinarios.

Poco afecto a las interpretaciones psicológicas, me limité a transcribir sus vivencias. Intenté hacerlo con la mayor fidelidad posible: mejorar, es decir falsificar, testimonios que son asombrosos *per sé* sería una notable estupidez. Sé que no hay experiencia más alucinante que la realidad. También, cuando me resultó posible, aporté datos que contradicen ciertos relatos: omitir o disimular detalles que permitan entender la génesis de un misterio me podría convertir en cómplice de un engaño.

¿Este libro despeja todas las dudas? Salvo en un par de casos, que el lector atento descubrirá, no puse especial empeño en buscar explicaciones. El objetivo de este libro no es identificar ovnis: de esa tarea se ocupan los ufólogos, los escépticos y los militares. No es que me propusiera evitarlo, es parte legítima de la misma búsqueda. En esta ocasión, me pareció más estimulante delegar ese trabajo en el lector. En algunas historias es evidente que los testimonios alcanzan: es todo lo que hay y hay pocos elementos pasibles de verificación. Son relatos que develan cuán profundamente humanas son estas historias sobre lo extrahumano.

Cuando la luz de una explicación aparece en la lejanía, intenté seguir un consejo que Adolfo Bioy Casares (1914-1999) le atribuye a Borges: “En las ficciones con un misterio, el autor revela el misterio al final o no lo explica. Cuando lo explica, el lector ha gozado de una magia provisoria, de una suerte de prestidigitación; pero esta metáfora no debe llevarnos a afirmar que la explicación, la vuelta a la realidad, tiene que

defraudar. Hay explicaciones que echan como una luz en el relato, que maravillan más que el enigma”.

Por eso, cuando las explicaciones racionales amenazan con destruir una gran historia, el asombro permanece. Incluso cuando parecen desbaratar todo atisbo de fantasía. En la avidez de los Duclout por descubrir vida en Ganimedes se cifra la deslumbrante vida de dos hermanos en la Tierra. Juan Carlos Peccinetti, protagonista de otro famoso encuentro con seres de Ganimedes, resultó ser un escapista genial. El Comandante Clomro, que se hace cargo de haber novelado recuerdos inexistentes, mantiene su convicción de no ser el mismo desde que Valentina de Andrade suplantó su alma por la de un ser de otro mundo. Y así.

Otras historias tuvieron su minuto de gloria mediática y pasaron al olvido. Las seleccioné siguiendo un criterio totalmente subjetivo: alguna vez excitaron mi curiosidad. Revisé archivos, busqué testigos y confronté opiniones. En algunos casos, me llevó más de un año retomar el punto donde las había dejado. En otros, empecé de cero. No tenía nada, por ejemplo, cuando me interesé por las historias de Silvia Pérez Simondini y Marta Green –una, ufóloga; otra, contactada– de cuyas vidas me enamoré.

También supuse que un lector comprometido, que es el que deseo, no iba a rechazar la misma oferta que yo aceptaría: ser parte de la aventura. Por eso, muchas veces, la secuencia narrativa no sigue la cronología de los relatos sino el paso a paso de la investigación. He intentado mantener al lector a mi lado, acompañándome en ese proceso. Me guió un principio simple: no presento ninguna conclusión si antes no le ofrecí al lector los elementos que me permitieron llegar a ella. La teleportación a México del matrimonio Vidal o la enigmática performance de los pirograbadores de Mendoza, o de Ganimedes, son buenos ejemplos de esto: la verdadera historia es la historia de la búsqueda de la verdad. Algo difícil de encontrar.

Antes de estar en este libro, estos casos, estos personajes, salieron en los medios. Si no se hubieran instalado como noticia, si no hubieran sido capaces de cabalgar al filo de la controversia, posiblemente hubieran carecido de interés. Todos se toman muy en serio sus experiencias. A veces, sus historias exigen hasta la fatiga nuestra voluntad de creer. Cuando colman nuestra capacidad de asombro, sobreviene un incómodo escepticismo. Es una sensación parecida a la que sentimos cuando estamos disfrutando de un espectáculo que nos pide suspender nuestra incredulidad: si no creemos, cuesta seguir con fluidez la cadencia natural del relato. El conflicto, en las presentes circunstancias, es obvio: no estamos ante personajes imaginarios sino con gente de carne y hueso que nos dice: “¡Créame! ¡Yo estuve ahí!”. Martin Kottmeyer ha comparado estas historias con un ejercicio de teatro de la improvisación. “Poseen una autenticidad emotiva y un poder que las pulidas obras de ficción nunca conseguirán porque no se atreven a pedirte que creas en lo imposible” (11).

Agrego algo más que quiero decir en voz alta: yo no fui a buscar a los protagonistas de este libro para desacreditar sus vivencias. Quise, antes bien, reflejarlos. Por eso, cuando me fue permitido, indagué en sus biografías, que siempre fueron fuente de fascinantes revelaciones. Si alguno de ellos me quiso revelar su secreto, éste fue un efecto colateral. Hice lo posible por ver con sus ojos y aprender un poco de cuanto sabían. Me quise divertir con lo que les divierte, sufrir con lo que les apena y dejarme sorprender con sus recuerdos. También he tratado de comprender, un camino difícil porque obliga a sortear

prejuicios, pistas falsas y *mentalismos*, como le llaman los contactados a las turbulencias en los canales de comunicación con los emisores extraterrestres.

La casuística sobre hipotéticos encuentros cósmicos ha sido, es y será materia discutible. Si no lo fuera, significaría que las dudas que despiertan pueden recibir respuestas seguras. Sin embargo, raramente alcanzamos conclusiones terminantes. Solemos tantear fantasmas en la oscuridad.

Si algo beneficia a estas historias es la existencia de una zona de penumbra. De vez en cuando aparecen certezas, pero también dudas con nudos corredizos: siempre estamos más o menos cerca o más o menos lejos de una respuesta. También he debido luchar contra mi propio escepticismo para sobreponerme a relatos humanamente imposibles de creer. Y más de una vez debí remontarme a los orígenes de mi interés por estos temas, cuando era creyente en muchas de las historias que ahora simplemente disfruto.

En ese trance, recordé que, cuando más creí en los extraterrestres, más aprendí. Hoy las cosas cambiaron un poco. Pero la posibilidad de elegir es siempre nuestra.

NOTAS

1) Según algunos ufólogos, la aparición de hongos en círculos es consecuencia del aterrizaje de naves extraterrestres. Distintas tradiciones europeas las atribuyeron a huellas de hadas o de brujas. Los hongos también fueron habitados por gnomos y elfos. Estos anillos tienen una explicación botánica. Ver, Ruiz Noguez, Luis; “Anillos de hadas”, en *Perspectivas Ufológicas* (2006), disponible en http://www.anomalia.org/perspectivas/ci/anillos_de_hadas.htm

2) Domínguez Koch, Santos A (2003). Martín Fierro en el mundo de los idiomas. Paraná: Editorial de Entre Ríos, 105 p. ISBN 950-686-121-X.

3) Borges, Jorge Luis. Ficciones. Obras Completas (1956). Buenos Aires, Emecé.

4) Si mis previsiones no erran, de aquí a tres años alguien descubrirá alguna de las tres copias de la bendita obra.

5) Carta de Pedro Romaniuk a Ignacio Darnaude (3/04/1978). *Ummocat*, ref. N° 276.

6) Galíndez, Oscar A. “Criptoanálisis del varkulets”, en revista *OVNIS, Un Desafío a la Ciencia* (1974), N° 1, CADIU, Córdoba, pgs. 22/25.

7) Stoczkowski Wiktor; Para entender a los extraterrestres (2001). Acento Editorial. Madrid, 2001.

8) Murciano, Carlos; Algo flota sobre el mundo (1969). Editorial Prensa Española.

9) Kottmeyer, Martin; “The saucer error”, en *The REALL News* (1993), Vol. 1, N° 4. También ver “El error del platillo”, disponible en <http://www.dios.com.ar>

10) “Hay otro relato increíble” (1968); Entrevista a B. Solari Parravicini, en diario *La Razón*, 10-06-68. Ver también Escobar, Roque (1968); “Yo estuve en un plato volador”, en revista *Esquiú*, Buenos Aires, 4-08-68. Disponible en internet: <<http://ar.geocities.com/mitosdelmilenio2001/solari.htm>>

11) Kottmeyer, Martin; “Encuentros Incómodos del Tercer Tipo. El mito ovni y las películas de Serie B” (2006). En @nomalia N° 6 (2ª Época). Editado por Fundación Anomalia, España. Traducción de Luis R. González.